

RESEÑAS

Brito, Carlos (2017). *Cuando raya el esplendor*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana, 2017

Luis Malaver
Universidad de Oriente
luismalavervalderrama@gmail.com



Carlos Brito, poeta y ensayista venezolano, fallecido en 2019.

I

La poesía no es menos misteriosa que los otros elementos del orbe. Tal o cual verso afortunado no puede envanecernos, porque es don del Azar o del Espíritu; sólo los errores son nuestros.

Jorge Luis Borges

Pocas veces “asistimos” a la lectura de un libro de ensayos que nos plantea un viaje sin señalar un derrotero final que no sea la fuerza de lo intangible, la profundidad del roce, de la fe, de la poesía, de la mirada, de la unión del misterio de lo místico con el misterio de la poesía. Carlos Brito con *Cuando raya el esplendor* nos aleja de esa pretensión racionalista, tantas veces desmedida, de la búsqueda de la verdad como conocimiento medido, exacto, tasado en el mercado de las superficialidades, conformista y autoritario sin fisuras, repetido mecánicamente sin hondura metafísica. Quiere que acompañemos su viaje desde su experiencia directa con la fe, la poesía, los misterios y con sus vivencias de lector de San Juan de La Cruz, de María Zambrano, y otros tantos, con su búsqueda cifrada en los versos de uno de sus poetas preferidos: Antonio Machado, ¿Tu verdad? No, la Verdad,/ y ven conmigo a buscarla./ La tuya, guárdatela. Así, su recorrido, que acompañamos guiados por su intuición, su fe, su poesía no está para satisfacer una meta preestablecida sino para degustar los asombros y descubrimientos del recorrido; a fin de cuentas, tanto el místico como el poeta rozan, pero no apenas, en esa epifanía la vida adquiere tal calado que es imposible no vivir con él por el resto de la existencia.

Imágenes vírgenes y santos, imagen la que construye la poesía, imagen como impulso, como boceto para echar a andar la expresión siempre delante de nosotros, inalcanzable en esta experiencia de vida para el místico, inalcanzable para las palabras del poeta pero siempre indicando el camino de quien busca sin brújula, ni mapas, sin certezas de horarios, sin sol en el cenit del mediodía, abandonado a la fe, esa que mal llaman ciega pero que puede ver, precisamente por eso, más en la oscuridad.

II

Carlos Brito (1958-2019) nos advierte que hoy “Todo está secularizado o tiende a su irremediable secularización”. Si sumamos a esto la prisa, la despreocupación, el olvido ético, como él mismo nos dice, dónde situamos al hombre de nuestro tiempo que no se detiene ante la poesía que nace de ese parto lento y profundo del espíritu, conectada con lo sagrado, dónde la filosofía de María Zambrano que, como toda filosofía, no pretende responder preguntas, sino situarnos en el lugar de la búsqueda, de las revelaciones, de la incertidumbre y los misterios, pero que en ella se hace honda hechura de la angustia, como también de la esperanza y la poesía. En la cárcel, San Juan de la Cruz, en la oscuridad casi total de la antigua letrina que fue su calabozo, encontró el aliento para esa comunión profunda con las dos gracias, la de la poesía, la del hombre de fe. Del pozo donde cayó María Zambrano en su infancia, de lo ya referido del poeta descalzo, nace la esperanza que no se rinde ante la racionalidad siempre cercada por las urgencias objetivas. En la poesía y en la religión verdadera, la íntima nacida de la fe, de la intuición (no la otra, la dominante, mercadeable y superficial) está el despertar, la comunión necesaria.

III

Los pescadores pintan, o fijan en bajorrelieve, en la proa de sus embarcaciones, a ambos lados de la quilla, dos ojos, los llaman Los ojos de Dios. Aniceto, el poeta pescador, sentencia: “En el mar el hombre está solo, sólo Dios sabe quién es uno”. Carlos Brito nos guía desde, de una experiencia amorosa paterna como empieza a un tránsito hasta los tiempos antiguos de la relación del ojo y la mirada con las divinidades, de cómo se ha construido en diversas civilizaciones esa comunicación no sólo distante, sino teleológica, pero a la vez arraigada en lo íntimo de nuestros asombros y nuestros miedos. La mirada construyendo logos, comunicación, poesía. Tiresias, pero también Homero. La poesía creadora de realidad, como nos dice Roberto Juarroz, la poesía constructora de imagen, es obra del ojo, porque el ojo se vuelve hasta las profundidades del ser, se cierran los ojos para contemplar la divinidad porque su luz enceguece, se cierran los ojos porque el poema no está en el sitio del conocimiento, está en ese sedimento del espíritu, no siempre exento de azar como nos dice Borges. Son muchos los ejemplos con los cuales nos ilustra lo anterior Carlos Brito, el poeta, el cineasta, pero también el docente y un docente es, o debería ser, por excelencia, generoso con sus hallazgos.

IV

Cuando raya el esplendor es, sin duda alguna, uno de los mejores libros de ensayos que aborda la relación de la poesía con la espiritualidad religiosa. Hay en él tanta poesía, tanta profundidad desgranada con la sencillez de quien, emulando a San Juan de la Cruz sostiene como él: “estas canciones... parecen estar escritas por algún fervor de amor a Dios”, enarbolando la duda como aliciente, el abandonarse a lo desconocido, a la búsqueda en fe de la divinidad, que también es palabra.

Los once textos que componen *Cuando raya el esplendor* están fuertemente unidos por la misma pasión, el mismo goce y autenticidad, la misma entrega; es más, logra Carlos Brito contagiarnos ese roce epifánico, independientemente de nuestras creencias religiosas, de nuestros gustos literarios. Por eso no es fácil leerlo solamente una vez, se vuelve sobre él para degustar de la misma fuente, para sentirnos movidos, para celebrar su hondura y alejarnos de la prisa y el griterío de estos días, del desencanto de las superficialidades. No es fácil, tampoco, escribir sobre este texto, no lo fue para mí, me faltaban palabras o me sobraban, las justas eran esquivas. Sencillo sí se me hace invitarlos a leerlo; si este texto lograra que tal cosa ocurriera habría logrado su propósito, quizás el único.